

La crisis del comunismo: La paradoja de la participación política

Zbigniew Brzezinski

Si bien el comunismo pretendió en sus orígenes crear una base para la participación política, en la realidad, por el contrario, se ha demostrado que lo que existe es un sistema institucionalizado en la no participación, altamente burocratizado. En opinión del ensayista, luego de analizar los casos de la Unión Soviética, China y Polonia, la solución al problema sólo dependerá de la capacidad que desarrollen los respectivos partidos comunistas para aceptar, dada la experiencia, que ellos no son los dueños de la verdad.

* * *

DENTRO DEL CONTEXTO DE LA NUEVA COMPETENCIA científica y tecnológica entre el Este y el Occidente avanzado, desearía referirme al asunto clave que habrán de abordar todos los partidos comunistas gobernantes en lo que queda del siglo veinte: el problema de la participación política.

Primero quisiera establecer los impulsos centrales que compelen a los gobiernos comunistas a concentrarse en la necesidad de comprometer a la ciudadanía en las dimensiones política, económica y social de la vida nacional. Luego me gustaría examinar la forma en que tres estados comunistas —la Unión Soviética, China y Polonia— han decidido hacerle frente a este dilema, e identificar los problemas que en el intento se le han presentado a cada uno de ellos. Finalmente, haré algunas observaciones sobre las perspectivas de resolución de la crisis del comunismo.

El problema de la participación es por naturaleza paradójico. Por participación me refiero a la verdadera intervención en la elaboración de las decisiones nacionales y locales que resulten importantes para el ciudadano. En sus orígenes, la ideología y el movimiento político del comunismo constituían un esfuerzo por crear una base para una participación más completa, tanto dentro del sistema social como dentro del sistema político de la temprana era industrial.

No obstante, en los casos en que los proponentes del nuevo régimen han tenido éxito y se han adueñado del poder estatal, el comunismo se ha convertido en un sistema institucionalizado de no participación, altamente burocratizado, disciplinado y reglamentado. Más aún, a los estados comu-

II TRIMESTRE 1988

nistas les resulta sumamente difícil salirse de este molde. Ninguno ha logrado transformarse a sí mismo para pasar de un sistema en el cual una élite ejerce el control total sobre la sociedad, a un sistema en que dicha sociedad participe desde su base en la determinación de su futuro, a través de la no dirección, la libre selección y la libertad de información.

La idea original del comunismo era de naturaleza esencialmente utópica. Se suponía que la clase trabajadora se iba a autogobernar. Luego Lenin impuso al partido como fórmula política de control de la élite, primero sobre el movimiento de los trabajadores y luego sobre el gobierno revolucionario de obreros y campesinos. A su vez, el stalinismo institucionalizó la supremacía del partido a través de la *nomenklatura*, creando con ello el mecanismo de control jerárquico que ha venido a conocerse como el comunismo totalitario del siglo veinte. No obstante, pese al éxito alcanzado por los partidos comunistas en cuanto al control de la sociedad, han fracasado en la movilización de esas mismas sociedades con miras a cumplir objetivos sociales deseados.

Tres revoluciones

ALLI SE UBICA EL PROBLEMA CONTEMPORANEO de la participación bajo un régimen comunista. El marxismo-leninismo-stalinismo ha demostrado ser capaz de movilizar a la sociedad con el objetivo de lograr una rápida industrialización, pese a que datos comparativos señalan que las naciones no comunistas han podido alcanzar tasas de crecimiento y niveles de vida más altos incurriendo en costos sociales mucho más bajos. Sin embargo, no puede negarse que la movilización al estilo de Stalin si tuvo como resultado una rápida industrialización. El verdadero fracaso del sistema comunista, empero, está en su incapacidad de trascender la fase de industrialización, de pasar de la era industrial al mundo post-industrial.

Hay que reconocer que esta transformación reconfigurará al mundo tanto como lo hizo la industrialización. Comprende tres revoluciones interrelacionadas: una revolución política, una revolución social y una revolución económica. Cada revolución es independiente de las demás pero, al propio tiempo, influye sobre las otras. El éxito nacional en lo que resta de este siglo y en los años por venir dependerá de la facilidad con que cada país aproveche estas fuerzas revolucionarias.

A la revolución política la anima la idea de la democracia. Los derechos humanos, el auto-gobierno y el pluralismo se han convertido en aspiraciones universales de la humanidad. Ello fue evidente en España y en Portugal, en donde regímenes fascistas unipartidistas no lograron perpetuarse en el poder. También resulta claro en América Latina, en donde se ha dado una proliferación de gobiernos democráticos en los últimos diez años, y en el Lejano Oriente, en donde el pueblo filipino derrocó a un dictador y en donde se han intensificado las presiones en favor de un orden más democrático en Corea del Sur. No resulta exagerado afirmar que los derechos humanos y la libertad individual se han convertido en la inevitabilidad histórica de nuestros tiempos.

Las nuevas técnicas en los campos de la comunicación y el procesamiento de la información han generado la revolución social. Los avances en la tecnología de sistemas y comunicaciones han modificado la manera en que las personas interactúan en el seno de la sociedad moderna, y en general han tendido a menoscabar la habilidad de un estado centralizado para controlar el flujo de la información mediante la censura dogmática. Estas nuevas tecnologías también le han abierto el camino a enormes incrementos en la productividad social y, con el tiempo, se ensanchará la brecha entre las sociedades que se adaptan a las nuevas circunstancias y aquellas que no lo hagan.

La revolución económica comprende la globalización de la actividad en este campo. La autarquía, aún en los casos de las más sólidas economías del mundo, coloca grillos a la eficiencia. Un país que busque el desarrollo concentrado en sí mismo corre el peligro muy probable de quedarse a la zaga en términos de progreso. Las grandes historias de éxito económico nacional de los últimos diez años —Japón, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur— se basaron todas en el aprovechamiento del desarrollo del comercio mundial. La explotación integral de la potencialidad del mercado mundial en las décadas por venir será precondición para poder conservar la prosperidad nacional —pero ello significa cuidadosa atención al mercado global y, por ende, flexibilidad y capacidad para asumir riesgos de forma rápida y acertada en el proceso de toma de decisiones en el campo económico.

La innovación individual

PODEMOS AUGURAR QUE LOS PAISES LIDERES en el terreno económico en los años que vienen serán aquellos cuyos sistemas políticos, sociales y económicos lleven al máximo la innovación individual y colectiva. Ello requiere la participación de los individuos en el sistema. Por tanto, en el caso de las naciones comunistas, el lograr trascender la fase industrial exige una solución al problema de la participación.

La participación efectiva requiere motivación individual. Un sistema puede motivar a sus miembros mediante ideas, amenazas o incentivos. Bajo Lenin, la idea del comunismo ejercía un atractivo genuino y producía un impacto real. Bajo Stalin, la utilización masiva del terror obligaba a la obediencia. Hoy día, la idea del comunismo como fuerza motriz ha muerto sin posibilidad alguna de resurrección, y nadie, ni siquiera en los partidos comunistas gobernantes, quiere volver a utilizar el mecanismo del terror masivo. Así, quedan únicamente los incentivos como medio de inducir la participación de los ciudadanos en los países comunistas —pero los regímenes comunistas han hecho gala de una incapacidad singular para ofrecer y para estructurar tales incentivos.

En su confrontación de la crisis del comunismo, la Unión Soviética, China y Polonia tienen un punto de partida común: la herencia del marxismo-leninismo-stalinismo. En la esfera de lo político, ello implica el gobierno exclusivo del partido comunista, con un centralismo democrático y la prohibición de la comunicación horizontal como medios de ejercer un control

estricto, por parte de la élite principal, sobre los miembros del partido. En el aspecto económico, entraña el control estatal sobre la totalidad de los recursos de producción, con un sistema de asignaciones basado en la planeación central y con una influencia prácticamente nula del mecanismo de precios sobre la toma de decisiones que repercutan en la economía. En el ámbito de lo social, significa la dirección estatal sobre la vida cultural e intelectual, así como la prohibición estricta de organizaciones sociales independientes.

La Unión Soviética

EN LA UNIÓN SOVIÉTICA, LAS TRES iniciativas de Mijail Gorbachov — apertura, democratización y reestructuración económica— constituyen un esfuerzo por dar la cara al asunto de la participación. En un discurso pronunciado hace poco ante los sindicatos soviéticos, Gorbachov declaró que

mientras más democracia tengamos, más rápidamente progresaremos en el camino de la reestructuración y de la renovación socialista, y habrá más orden y disciplina... De manera que el interrogante actual es: o tenemos democratización, o tenemos inercia social y conservatismo. No hay término medio¹

Al menos debe dársele crédito a Gorbachov por haber puesto el dedo en el problema central.

Las soluciones, dado el sistema soviético, son, sin embargo, más difíciles de identificar. En el frente político, si bien Gorbachov nunca ha cuestionado la importancia del control total ejercido por el partido, sí ha estado procurando buscar la forma de que el partido comunista sea más dinámico y de que supere su rígida burocracia interna. Ha utilizado su campaña del *glasnost* para destituir a los adversarios políticos, crear mayores posibilidades de participación en los rangos inferiores del partido, y brindarle un mayor estímulo a la motivación individual. Sin embargo, no debe sobreestimarse el significado del *glasnost* de Gorbachov. El analista político francés Michel Tatu ha observado acertadamente que la concentración de la campaña en las esferas de lo cultural y lo informativo revela su debilidad y su fragilidad: “No denota la fortaleza de un líder porque, si un líder fuese muy fuerte, propiciaría cambios importantes en el interior del aparato”².

En Moscú circula un chiste que señala de manera jocosa la superficialidad de la campaña del *glasnost*. Un hombre acude donde su médico y le dice: “Doctor, tengo un problema pero necesito dos especialistas: uno para los oídos, la nariz y la garganta, y otro para los ojos”. Llegan entonces los especialistas e interrogan al paciente sobre sus dolencias. Este les responde: “Señores, espero sinceramente que ustedes me puedan ayudar. Mi condición es alarmante: no veo lo que escucho”.

El hecho es que la retórica reformista no equivale a un programa de reformas concreto. En el frente económico, hasta ahora Gorbachov ha anunciado reformas que, como mucho, disminuyen en algo la planificación central

del país, particularmente en el campo del comercio internacional, pero que de ningún modo promueven una política generalizada de fijación de precios o asignación de recursos con base en el mercado. La planeación central seguirá fijando las cuotas de producción, pero los gerentes de las fábricas tendrán mayor libertad en la determinación de su producción y en el mercadeo de sus productos. Gorbachov no ha tratado de cambiar el sistema sino de racionalizarlo, tomando como modelo a Alemania Oriental, no a Hungría ni a China.

El gran desafío

AUN ES MUY TEMPRANO PARA SABER qué tan profunda es la reforma de la economía soviética que pretende realizar Gorbachov. ¿Se abandonará la agricultura colectiva? No tenemos la respuesta a la pregunta clave: ¿Qué tan sistémica, a juicio de la dirigencia del Kremlin, es la crisis económica? Se relaciona también con ello el interrogante sobre qué tanto alcance quieren darle los líderes soviéticos a la revolución cultural, tanto en el seno de la fuerza laboral como en el nivel administrativo. Luego de los setenta años de vigencia del sistema soviético, ni los trabajadores ni el personal directivo están predispuestos hacia la auto-motivación y la toma de riesgos. Los hábitos de trabajo ya interiorizados hacen énfasis en la conformidad, la negligencia, la seguridad burocrática y los privilegios camuflados. El hecho es que, sencillamente, los rusos soviéticos no son prusianos comunistas.

Por encima de ello, existe una enorme división entre la descentralización económica desde arriba y la participación económica desde la base, entre la dispersión económica y la participación política. La principal preocupación de los líderes soviéticos durante los próximos años será probablemente la de trazar la línea divisoria entre lo uno y lo otro. Esto es así no solo debido a la naturaleza conservadora de la burocracia. Una causa más importante es el carácter multinacional del Gran Imperio Ruso actual. La Unión Soviética es el último imperio multinacional que queda en el mundo. El gran pueblo ruso domina a una docena de naciones prominentes, así como a muchas otras de menor tamaño. La diversidad de nacionalidades constituye el talón de Aquiles del sistema. Un programa de reformas con miras a conseguir una participación genuina podría convertirse fácilmente en un conflicto nacional generalizado entre los Grandes Rusos y las naciones no rusas de la Unión Soviética.

Más aún, es de prever que las reformas iniciales de Gorbachov puedan generar bastante confusión y casi inevitablemente algunas alzas en los precios a los consumidores. Por tanto, resulta altamente probable un descenso en el nivel de vida, lo cual podría fomentar un descontento peligroso. A medida que los ciudadanos soviéticos se acostumbren más y más a una mayor participación, por modesta que sea, expresarán con audacia creciente su insatisfacción. Así, pues, no habremos de extrañarnos al presenciar en esa etapa manifestaciones abiertas de descontento estudiantil, protestas de las amas de casa, e inclusive huelgas en las fábricas. La prueba de fuego la dará la forma en que la dirigencia soviética reaccione ante tales modalidades desconocidas de participación desde la base.

1/ TASS, febrero 2, 1987
2/ *Soviet-Eastern Europe Report*, junio 10, 1987

China

EN CHINA, LAS REFORMAS DE DENG XIAOPING se han concentrado en la descentralización económica. Ha disuelto la agricultura colectiva y ha introducido otras reformas que, una vez completadas, dejarán entre el 65 y el 70 por ciento de la producción por fuera del control estatal para el año 2000. De esta manera, la prueba de la administración económica la dará la rentabilidad, no la flexibilidad política. Estas reformas no son superficiales sino, por el contrario, bastante profundas. Modifican el funcionamiento mismo del sistema, ya que cambian tanto el centro de toma de decisiones como el método utilizado en tal proceso.

El dilema central está en saber si la reforma económica generará presiones irresistibles para proseguir con una reforma política. Como quedó claro durante las recientes manifestaciones estudiantiles tendientes a exigir una mayor democratización, existe un vínculo entre las dos reformas. Fang Lizhi, el líder intelectual del movimiento estudiantil de Shanghai, se refirió a esta cuestión en un discurso pronunciado antes de su expulsión del Partido Comunista Chino:

El socialismo ha decaído. No hay forma de evadir el hecho de que ningún estado socialista en la era de la segunda posguerra ha tenido éxito, así como tampoco lo ha tenido nuestro propio experimento socialista de poco más de treinta años.

Luego añadió: "Creo que el primer paso hacia la democratización debería ser el reconocimiento de los derechos humanos" ³.

Alarma política

ERA INEVITABLE QUE SURGIERA la cuestión de la reforma política, sobre todo teniendo en cuenta que el mismo Partido Comunista Chino había diluido formalmente la importancia del dogma marxista. La consigna de Deng Xiaoping al hacer un llamamiento a la China para "buscar la verdad en los hechos" suscita dudas acerca de la noción misma del dogma ideológico. Con ello, la aparición de algún tipo de desafío político al papel del liderazgo del partido era tan solo cuestión de tiempo. Si la verdad está en el examen de los hechos, cualquier persona puede deducir la verdad, de lo cual surge inevitablemente una competencia en la interpretación de tales hechos. Si no existe ninguna verdad única y si personas no pertenecientes al partido pueden deducir la verdad, no existe una justificación racional para la dirección dictatorial del partido.

El año pasado discutí el tema de la reforma política con Hu Yaobang, entonces secretario general del Partido Comunista Chino, varios meses antes de las protestas estudiantiles que condujeron a su destitución. En el transcurso de una conversación de cinco horas, Hu me dijo que el programa de reformas estaba lejos de completarse, y que las reformas futuras tendrían que incluir una reestructuración del sistema político chino. Comentó que en el

Politburó se había comenzado a discutir el asunto y que en 1987 el partido tendría listo un documento sobre ello. Explicó que la naturaleza fundamental del partido no cambiaría y que éste seguiría siendo el principal órgano de dirección de la China. Agregó que se buscaría una mayor eficiencia por parte de la burocracia central del partido, que habría reformas considerables en la relación entre subordinados y superiores, y que a otros partidos políticos en el interior de China —los denominados partidos democráticos— se les daría una mayor autonomía.

Pero los dirigentes del partido se muestran recelosos en cuanto a dar ese paso gigante que conduce de la descentralización económica a la descentralización política. Durante los últimos meses, más bien se ha manifestado una tendencia inversa. Varios altos dirigentes políticos chinos han expresado su alarma ante la posibilidad de que la descentralización económica se extienda al dominio político, creando algo que podría llamarse un sistema político más liberalizado. Han sido bastante explícitos al formular sus denuncias, y Hu Yaobang perdió su poder. Como reflejo de la ansiedad experimentada por la élite gobernante, Hu Sheng, presidente de la Academia de Ciencias Sociales, expresó:

Algunas personas han utilizado la política abierta y la situación de dejar "cien escuelas contender" para predicar el liberalismo burgués, refutar el socialismo, abogar por una occidentalización total y criticar duramente a la dirección del partido ⁴.

El catalizador del futuro político de la China será probablemente la lucha por la sucesión después de que Deng salga de escena. Dada la escala masiva de la China, se puede esperar un conflicto prolongado entre los imperativos políticos del sistema comunista y los requerimientos económicos del programa de modernización. Personalmente creo que este último acabará por prevalecer sobre el primero, pero solo tras varios zig-zags en la política doméstica y después de intensos conflictos a nivel político.

Polonia

EN POLONIA, EL COMUNISMO SE HA derrumbado en toda su esencia. Formalmente, el Partido Comunista aún gobierna. Pero en la realidad, el poder lo detenta a nombre del partido una camarilla combinada de militares y policías, la iglesia es una fuerza significativa, y el liderato de Solidaridad se ha convertido de hecho en una oposición política organizada aunque no oficial.

Lo importante en el caso de Polonia es que la sociedad se ha emancipado en un sentido muy real. El Partido Comunista ha sido incapaz de retener su monopolio sobre la organización social y ha tenido que acomodarse de forma sin precedentes a presiones provenientes de la base. Cuando viajé hace poco por Polonia, me impresionó genuinamente el grado en que la oposición funciona como una dirección social paralela. Su prensa subterránea publica cientos de periódicos de amplia difusión y fáciles de procurar. Ha

3/ *China Spring Digest*, marzo-abril, 1987.

4/ *The New York Times*, enero 17, 1987.

logrado inclusive romper el monopolio estatal sobre los medios electrónicos mediante el empleo de grabadoras de video-cassettes. Cada vez que llegaba yo a reuniones con personalidades de la oposición, lo hacía en medio de cámaras filmadoras y de grabadoras. Si bien no hay tantas libertades como en los momentos de auge del movimiento Solidaridad, es de observarse que la oposición al régimen comunista se siente tan confiada que puede preparar "oportunidades fotográficas" para sus propios medios informativos.

Buscar un catalizador

TAMBIEN ME IMPRESIONO EL GRADO de deterioro de la confianza del régimen comunista polaco. Como resultado de la mala administración estatal de la economía, Polonia es una calamidad económica y sus líderes comunistas lo saben. Aún para iniciar el proceso de renovación económica, el estado necesita persuadir al pueblo para que participe en dicho proceso. No obstante, desde la imposición de la ley marcial la sociedad polaca ha optado básicamente por seguir una estrategia de resistencia pasiva. Para superar esta inercia deliberada, todos los líderes comunistas polacos con quienes me entrevisté aceptaron el hecho de que requerían comprometer o cooptar de alguna manera a la dirigencia de la oposición. Pero ha surgido un impasse político acerca de cómo puede procederse a buscar tal acomodación. El gobierno exige que la oposición opere dentro de organismos gubernamentales tales como los sindicatos oficiales o la nueva comisión asesora, pero la oposición no se dejará seducir para alcanzar un status tan subordinado.

Parece haber tres perspectivas básicas para el comunismo en Polonia, siendo el catalizador que precipite el cambio la crisis económica cada vez más severa que atraviesa el país y su necesidad de créditos occidentales. La primera es una continuación del actual impasse político, con el riesgo creciente de una eventual explosión desde la base. La segunda es una regresión progresiva a la represión, llevando a una renovación del control y la administración centrales. La tercera es una transformación continuada de la estructura socio-política, que tal vez conduzca eventualmente a una co-participación formalizada y posiblemente a largo plazo a un sistema que, por razones geopolíticas, siga siendo comunista tan solo de nombre.

El hecho básico es que la participación genuina es incompatible con el gobierno de un partido tipo leninista. En Polonia, tal partido ya no gobierna pero no ha sido reemplazado por un nuevo sistema de participación abierta. La situación es la de un impasse inestable. En la Unión Soviética, la experimentación política se ha confinado al nivel político-social inferior, mientras que las actuales reformas económicas, para tener realmente éxito, requieren un cambio monumental en la cultura y en los hábitos laborales tanto de los trabajadores como de la administración. En China, la descentralización económica entra en colisión con una centralización política continuada, aunque la cultura comercial de los chinos favorece la emancipación progresiva del sector económico.

Un denominador común

EN CONCLUSION, EL DENOMINADOR COMUN en estos tres países es que sus sistemas de tipo comunista están encontrando grandes dificultades de progreso más allá de la fase de desarrollo asociada con una industrialización rápida. Hasta el momento todos han sido incapaces de resolver el problema de la participación. El núcleo del problema está en el concepto de un partido elitista con una concepción dogmática de la verdad. Un partido gobernante de estas características es, sencillamente, incompatible con la noción de una participación social genuinamente espontánea en las esferas política, económica y social de una sociedad más moderna y compleja. Hasta que cambie la estructura del partido o hasta que éste desaparezca, el tema de la participación seguirá siendo fuente de conflictos tanto en el interior del partido como entre el partido y la sociedad.

En último término, la incapacidad de resolver ese conflicto y de permitir una participación genuina puede significar la ruina del comunismo moderno. Existe evidencia considerable de que el comunismo contemporáneo se está convirtiendo en un sistema cada vez más estéril en el cual el partido regente es visto por la sociedad en general como obstáculo principal frente al progreso y el bienestar sociales. Si se está en lo correcto al afirmar que la búsqueda de una participación política verdadera es hoy en día el imperativo universal, también resulta pertinente suponer que augura el próximo fracaso histórico del sistema comunista de movilización social y no participación política. De hecho, en muchos aspectos, la atmósfera prevaleciente en vastas secciones del público en el mundo comunista recuerda hoy el ambiente que reinaba en los estados capitalistas hace casi seis décadas, durante la Gran Depresión: existe una sensación de que hay un defecto fatal dentro del sistema mismo. Ese defecto se llama Partido Comunista.

The Washington Quarterly
Otoño 1987